

Suplemento Fotográfico DE LA TRIBUNA

DIARIO DE LA MAÑANA
SAN JOSE, COSTA RICA



FIRMAS ARGENTINAS

UNA MUJER DE AGALLAS

por Julio Vignola Mansilla

Ni bonita ni fea. Ni plebeya ni distinguida. A los treinta años María Carmen Botía resultaba una mujer común, apta para los menesteres de tal. En su aspecto anímico ya era otro cantar... la cosa se complicaba. Entonces resultaba un problema arduo

identificar su verdadera individualidad. Esta parecía bailar contentamente entre los dos polos de los sexos, ya inclinándose a uno u otro.

Como siempre acontece, los padres en su hora habían deseado vivamente que el primer sujeto que la cigüeña clásica trajese, perteneciera al

aprovechado género masculino. Pero la cigüeña, torpe o distraída, se equivocó de cesta y apareció con María Carmen. Luego, los padres en vano esperaron una segunda cesta; la cigüeña estúpida no tornó más. La pequeña María Carmen comenzó a crecer con la rapidez y la exuberancia

de la planta del zapallo angolá en la tierra negra y jugosa. En sus parodias de la madre, repartía sus ternuras y castigos entre sus corderillos muchos, a los que gustaba dar de beber leche de vaca en una botella. Como sus más fútiles caprichos eran órdenes que todos se

(1)

apenasaban a cumplir, cuando fue
una crecida esgrimió la tijera de es-
grillar y llegó a superar a los más
hábilos esquiladores. También se
aficionó a curar animales "emcosca-
dos". Aprendió a estirar alambres,
montó a caballo hecho hombre; ensa-
jó algunos tiros de lazo con buena
fortuna. Cuando hubo que apartar
ganado, apartó al lado de los peones,
y hasta adquirió una pasmuso prác-
tica para manejar el cuchillo en lo
no siempre fácil operación de castra-
miento. A los catorce años, sin
abandonar sus muñecos de trapo y
sus gauchos dilectos, poseía ya su
"empírica ciencia" sobre la economía
animal y vegetal y estaba en con-
dición de regir los destinos de la es-
tancia.

Los hombres la respetaban y obe-
decían ciegamente. En esas almas
rústicas y buenas reinaba la gaudi-
ta una vez con generosidad, des-
poticamente otras. De idéntico pres-
tigio gozaba entre las gentes de los
contornos. Cruzaba a caballo sola
los campos con sol, con luna, siem-
pre que las circunstancias lo im-
ponían. Y ni borracho, ningún día
do se hubiese atrevido a cortar el
camino. Parecía que una misteriosa
aura protegiese su persona de todos
los peligros, incluso de los instintos
más rudimentarios y feroces del
hombre. Hasta cierto punto, los an-
gustios deseos de sus padres en ella
se actualizaban. Se arrepentían de
haber tratado un poco desdramáticamente
a la cigüeña que confundió las osca-
tas. . . Eso sí, para convencer a la
gauchita que debía aprender a pillar
algunas letras y reputar algunos
números—porque en la estancia de la
humana existencia todo eso a veces
hace una falta bárbara—hubo que
emplear argumentos sólidos y de
mucho fondo. A la larga, aceptó seme-
jante sacrificio. Pero más de seis
meses no la pudieron tener encerrada
las mujeres. Al calor de ese tiempo
sufrió un empadío feo de catismo
y se le hizo irrespirable aquella
atmósfera saturada de olor del pabito
quemado. . . Y dichosa, volvió a
sus abuelos, sus gauchitos, sus ho-
rribles muñecos de trapo. A su ver-
dadero mundo que empezó a veces
perdido, inexistente, como soñado.

Aquel paisaneco casahuate, que
con insolente desenfado no hacía
más que narrar hechos de armas, do-
mas y episodios amorosos en los que
siempre desembozaba el parte del
varón favorecido por la fortuna, se
andaba alabando por anticipado de
la conquista de María Carmen:

—No se ha de ir lejos la potran-
ca.

—Una cosa es decirlo . . .

—Es que Venancio Galera se lo
que dice.

—Y Eleuterio Miranda tam-
bién . . . No me gusta hablar al fu-
do . . . Sé que es corajuda.

—Yo digo que la potranca . . .

—Es chúcarra para querer. No
se mecha a loco, mozo . . . Es arisca;

por eso ha llegado libre a los treinta
años. Le aconsejo manejar ese entu-
siasmo . . .

—No me aconseje, hombre, si ya
soy grandecito.

—¿Ni como camarada de trabajo?

—Ni así.

—Era para su bien, ¿oye? En
fin, usted, Venancio, sabrá lo que
conviene . . . Yo no quería decirle
más que esto: es una mujer de agul-
llas. Y tenga cuidado, las paredes
oyen y repiten muchas veces más de
lo que oyen . . .

—¿Piensa acarriarle el chisme?

—¿Yo? Vea, amigo Galera, ni
me ocupo nunca de esas bajezas . . .

Se lo decía porque en la casa yo no
soy el único que sabe sus alabanzas
. . . Es muy confiado.

—Eso no es ser alabancioso . . .

Porque Venancio Galera, gracias a
Dios, se vino de su pago dejando
un tendal de difuntos y de mozas in-
consolables. Los Galera no pechan
nunca a vaquillonas miedosas con sus
caballos, porque todos son torozos y
no atropellan más que a los toros
guampudos . . .

—Si es así, Galera, haga nomás
su pala ancha; no me meteré más a
redender . . . Ya es usted bastante
hombrecito.

—Hombrecito, y nada manso . . .

¿Como para que me pongan el freno
de los conejos!

Por sobre le lejanó monte de eu-
caliptos asomaba ya su claro hocico
el día. En la vasta cocina, alrede-
dor de un fuego moribundo, como
siempre los hombres esperaban a
María Carmen les distribuyera las
tareas de esa jornada. La gauchita
no se hizo esperar mucho. Entró
dando los buenos días alegremente,
cosas que no ocurría muy a menudo,
porque era también de pájaros vola-
dos:

—Cualquiera de ustedes va a
echar la manada al corral . . .

Alguien comentó:

—¿Vamos a ceardar yeguas? ¡Eso
es lindo!

La muchacha agregó:

—No, no se trata de ceardar, don
Apolino; se trata de agarrar la po-
tranca más linda y arisca, para que
aquí el mocho Galera le acomode en
el lomo sus bastos.

El demonio surgiendo del suelo,
con toda la fantástica aparatosisidad
con que él sabe rodear esas apari-
ciones, hubiese caudado menos estu-
pefacción entre aquellos hombres que
las palabras de la amazona. Con
descompuesto semblante y voz que no
era la suya, Galera dijo:

—Yo no he domado nunca, patro-
ntrona . . .

—Vea, Galera, no se achique; yo
sé que usted hace días se anda ja-
lando de que no hay domador que
se le iguale, y ahora nos va a dem-
strar su habilidad . . . Casualmente
creo que en la manada anda un ani-
mal malísimo . . . de esos que en
cuanto sienten los bastos en el lomo
dan una vuelta de carnero capaz de
aplantar al más diestro jinete. . .

Un animalito indomable, con el cual un
criollo verdadero se puede lucir . . .

—No voy a creer, Galera, que lo
vamos a largar solo al campo en seme-
jante demonio! . . . No; aquí está
Martiniano, que lo va a apadrinar . . .

Con un hilo de voz, protestó Venan-
cio:

—Esas son habladerías, patrona.

Alguno que quiso quedar bien y le
fué con el soplo . . .

Entonces María Carmen arrojó la
máscara y estalló:

—¡Ah, sí! . . . Habladurías,
¿no? . . . ¡Ajá! ¿Y sabe usted cuál
es el fin de los deslenguados, de los
que acostumbra a basoarse los
nombres de las personas decentes, de
los alabanciosos, buriladores de mu-
jeres infelices? Pero si no vale la
pena gastar palabras con individuos
que de hombres no tienen más que
la hechura . . . ¡Nada más!

Y soberbia, magnífica en su des-
precio al tiempo que le arrojaba al-
gunos billetes de banco, espétole a
manera de latigazo:

—Eso va por los días que se ha
pasado haraganando, descuerando
con su fibrosa lengua . . . Ahora,
ya sabe lo que tiene que hacer. Agre-
rra su cabalito y se larga a trabajar
por ahí, de caburé desplumado, y
domador de silleros . . .

Y con murrido era, entonces,
humillado como perro sorprendido en
robo, gacha la cabeza, el ánimo en-
cogido, Venancio Galera abandonó
la cocina y fué en busca de su reca-
dito.

Debiendo ir Felipe IV a Sevilla,
se reunió la comisión de homenaje
para disponer los festejos, propo-
niendo una corrida de toros, otro
baile popular, etcétera. Pero una
de los miembros dijo:
—Señores: soy de parecer que se
prepare a Su Majestad una Semana
Santa, que es lo mejor que se hace
aquí.

Francisco I, necesitando escribir é
Garcilaso de la Vega, que era em-
bajador de Roma, puso así el sobre:

"Al embajador de los reyes y rey
de los embajadores, Garcilaso de la
Vega."

Semiramis, reina de los asirios,
mandó grabar sobre su sepulcro las
siguientes palabras:

"*Cualquiera que necesitare dinero,
abra este sepulcro y tome cuanto
quisiere.*"

Engañado por esta inscripción,
Dario mandó abrir el sepulcro y ha-
lló estas palabras grabadas sobre una
piedra:

"*Si su corazón no estuviese atormentado
por una avaricia insaciable, no
vendría a los sepulcros a inter-
rumpir el reposo de los muertos.*"

Enrique IV jugaba con su hijo,
andando a gatas, como quien hace
de caballo y llevándolo encima.

En aquel momento entró un em-
bajador, y el rey le preguntó, sin
descomentarse:

—Señor embajador: ¿tenéis hi-
jos?

—Sí, señor.

—En ese caso, puede continuar.

Un abogado defendía en el tribu-
nal un pleito de gran interés. Co-
mo se extendiera sin referir los an-
tecedentes del negocio, le interrumpió
el presidente:

—Señor abogado, dejemos la pa-
ja y vamos derechos al grano.

—Lo haré así, señor, porque de
una y otra necesita el tribunal.

Un oficial de alta graduación, muy
envidioso, quería ocultar sus inno-
bles sentimientos con la capa de la
adulación. Al felicitar a un gene-
ral por una victoria, le preguntó des-
pués:

—¿Y qué dirían ahora los envidio-
sos de la gloria de usted?

—No sé —contestó el general—
Precisamente iba a preguntárselo.

Habiendo muerto en un viaje que
iba a París el alcalde de un pueblo,
las autoridades acordaron manifes-
tarle su gratitud erigiendo en el ce-
menterio del pueblo un monumento
con la siguiente inscripción:

"Aquí yace Mr. B. enterado en
París."

El Príncipe de Condé, insigne
guerrero, invitó a comer a un amigo,
y éste, por olvido, no asistió a la
cena, lo que molestó mucho al prin-
cipe, tanto que, habiéndose encon-
trado con el amigo en una fiesta, le
volvió la espalda.

—Ah, señor! —exclamó éste—
Estoy lleno de gratitud. Me habían
dicho que V. A. estaba enojado, y
yo que no es así, porque V. A. me
vuelve la espalda, y es fama que nun-
ca acostumbra a hacerlo ante sus
enemigos.

Cuántos errores ha cometido el dibujante?



(Véase la respuesta en la página 6)



por
 Germán Gómez
 de la Mata

V OY a contar aquí lo sucedido porque ignoro lo que ha de acontecer aún y no quisiera que se interpretara mal el hecho, sobre todo tratándose de algo tan sagrado como el honor de Rosalía.

Ayer tarde, según costumbre, acudí al café, donde los contertulios, también según costumbre, discuten por discutir. Se hablaba de suicidios más o menos disimulados, y se comentó uno que consistía en administrar una inyección de arte en una vena, provocando así una embolia artificialmente, sin que nadie atine a discernir después, como no descubra la minúscula picadura de la aguja, que la muerte no ha sido natural. El doctor opinó que el símbolo gaseoso inyectado llegaría rara vez a obliterar un vaso sanguíneo, pues casi de seguro se disolvería en el torrente circulatorio, aunque no negaba la casualidad de que en determinada ocasión sobreviniera el terrible desenlace. Luego se discutió si la muerte, en caso de suscitarse tal embolia, sería fulminante o si podría tardar algunas horas, algunos días quizá, no logrando ponerse de acuerdo unos y otros.

La conversación resultaba desagradable, y salí del café al poco rato, porque no me sentía con fuerzas para oír cosas tristes, abrumado como estaba por un gran disgusto. De mañana, el correo me había traído un anónimo, en el cual se me delataba la infidelidad de mi mujer; el viernes a prima tarde no faltó quien la reconociera pasando por el Jardín Botánico en compañía de un joven mozo. Había roto el papel, sin permitirme prestar crédito a esa infamia; pero no conseguí sustraer-

me a su obsesión. —El viernes, en efecto, Rosalía se marchó de casa muy temprano, alegando que necesitaba realizar unas compras y a su retorno recogería del colegio al niño; además, a partir de dos o tres semanas, se notaba en ella algo anormal: una preocupación continua, sobresaltos extemporáneos, sonrejos súbitos... Yo, que nunca había dudado de mi esposa, me hallaba ya perplejo, y con la lectura del anónimo terminante, nació en mí la sospecha.

Me encontré de improviso a la puerta de casa, adonde me había encaminado maquinalmente. Acababan de dar las siete, y yo no solía volver hasta las ocho y media. Me encerraría en mi cuarto a solas con mis pensamientos.

—¿Está arriba la señora?—interrogué a la portera.

—Sí, señor.

—¿Ha venido alguien?

—En seguida de bajar usted, ha subido un caballero que preguntaba por ella, y le he visto de retirada hace unos minutos.

¿Un caballero preguntando por ella?... La sospecha se convertía en certidumbre. A riesgo de exteriorizar mi desconfianza, inquirí, procurando aparecer indiferente:

—¿Qué señas tenía?

—Joven, alto, moreno, con galbón oscuro...

—¿Ah, sí, ya sé quién es!

Mentira; no sabía quién era; sabía, empero, que sus señas concordan con las del acompañante de Rosalía, el viernes, por el Jardín Botánico. Me recorrió la espalda un estremecimiento y me mojé las sienes un sudor insólito...

—¿Quién ha venido?—indagué de la criada desde el rellano.

—Nadie, señor, no ha venido nadie. Le temblaba la voz con el embuste. Me encubocaban. Entré en el gabinete de Rosalía, impregnado de un vago aroma de cigarrillos... y yo no fumo.

—¿Qué pronto estás de vuelta hoy!

—Sí, me aburría en el café y me enfriaba en la calle.

—¿Ah!

—¿Has recibido alguna visita?

Se ruborizó, mientras se en sus congélabase una sonrisa penosa y contestaba azoradísima.

—No, ninguna.

La hubiese confundido al mencionarla el olor a tabaco que se desprende de la habitación; pero la intensa tortura denotada por su pobre rostro crispado me infundió lástima, y no osé insistir, aislándome en mi cuarto echándome a llorar, igual que un chiquillo.

No soy un hombre cruel, no soy un marido autoritario; para colmo, adoro a Rosalía con una adoración mansa y prolongada, no por exenta de turbulencias menos sólida. La perspectiva del adulterio se me ofreció con una acuidad tan cruda, que casi repercutía en dolor físico. Si aspiraba a cumplir mi deber de esposo a la española, habría de aguardar a sorprender en flagrante delito a los culpables y matarlos entonces; sin embargo, un individuo de mi temple, y profundamente enamorado como yo, no mata. Otro partido consistía en resignarme, simular ignorancia, sufrir en silencio, pero una criatura honrada no se amolda a

desempeñar ciertos papeles. Quedaba una tercera solución, la de explicarse; pero repugnaba más todavía que las dos anteriores.—¿Qué hace?

Me entretuve en barajar planes, a cual más quimérico, sin decidirme por ninguno, hasta que me llamaron a la mesa. Comí poco, sin cuando enmascaré mi contrariedad mejor que Rosalía, quien hurtaba la mirada a cada instante y apenas si tocaba los platos. Menos mal que el niño no advirtió esta trizante.

¿Cuántas pacíficas escenas de familia incuban un drama que no percibe el espectador ajeno, ni siquiera alguno de los individuos que las componen! No bien terminamos la comida, fingí una jaqueca para acostarme.

—¿Quieres que envíe por un sello de aspirina?—propuso mi mujer con una solicitud sincera.

—No, gracias; se me pasará en la cama.

Ha sido una noche espantosa. Sin poder dormir del todo, me revolví entre las sábanas, amodorrado, concibiendo proyectos absurdos que se me antojaban perfectamente ejecutables. De improviso me soliviantaba con su carraspeo el reloj del comedor al ir a dar cualquier hora; en ocasiones, seguía con interés la voz pastosa de un borracho cantando por la calle; a momentos, me pasaba mi desgracia una cosa lejana, harto lejana, y la estimaba incongruente, imposible; otros ratos, precipienda de mí en absoluto, dirigiéndome acerca de la embolia provocada por una burbuja de aire introducida en la sangre a voluntad, acerca de cuyo asunto se había discutido en el caso.

(Continúa en la página 6)

EL BARCO

La trágica odisea del velero ruso, Burscha Norkaya, sobre

por MANUEL



LOS vigilantes del faro que guarda el promontorio de la isla Fregoff, en la extremidad del archipiélago de Kamchatka, Siberia habían terminado por milésima vez su acostumbrada ronda matutina, cuando el más joven creyó divisar en lontananza un objeto inusitado, que se movía al compás de las olas. Pensaron al principio en la posibilidad de algún témpano de hielo, que arrastrado por las corrientes marinas hubiera flotado a la deriva como suele suceder en las épocas de grandes deshielos.

Pero al observar con cuidado a través de los lentes de sus anteojos de larga vista distinguieron los truncados mástiles de un velero avanzando lentamente sin dar su tripulación señas de vida. Sobre el puente desierto, no se veía alma alguna; esa anomalía creó una impresión de molestia en el ánimo de los vigías que no cesaron de observar turnándose para cerciorarse de que el barco se hallaba abandonado.

Al cabo de largas horas, pudieron verse más detalles. Fuera de los mástiles truncos, el casco del velero navegaba sin tener mayor avería. Ansioso de solucionar el misterio, los vigías echaron al agua el único bote que tenían y en el cual salían a pescar durante el buen tiempo, remando tenazmente hasta el barco.

El más profundo silencio respondió a sus voces. Los dos guardianes se volvieron a ver extrañados. El costado de su frágil embarcación rozó el flanco del velero, del cual colgaban unos cables. Sanguinándose, los empujaron, obteniendo hasta el punto de llamar la atención de la tripulación.

Reptieron su llamado, mas nadie les contestó. Avanzaron hasta la puerta de la escalera conduciendo al interior, notando al pasar el abandono en que parecía haber estado el barco durante bastante tiempo. Las tablas desvenajadas, dejaban entrar la nieve que al derretirse, había humedecido y podrido los rincones. En las bodegas, no se veía cargamento alguno. Los sitios destinados a la tripulación se veían despojados de los pequeños detalles que indican la presencia humana. El barco todo parecía saqueado, como si una tribu de hormigas hubiera cuidado de llevar las últimas partículas comestibles antes de evacuar su presa.

Una visita minuciosa de un extremo al otro del interior fué igualmente infructuosa. Al fin, salieron los investigadores, intentando terminar su visita por la parte superior de la cubierta, y al ascender la escalenilla que conducía al camarote del capitán, lanzaron una exclamación de sorpresa ante el imprevisto espectáculo que se presentó a sus ojos.

La puerta colgaba lamentablemente de uno de sus goznes, demostrando no haber sido entornada

durante varios meses. La lluvia y la nieve, azotando en el reducido espacio, ejecutaron su obra destructora en los rústicos muebles. Y contra el respaldo de la cama, con los ojos abiertos, en un espasmo de infinita angustia, se veía el cadáver de un hombre de avanzada edad. El rostro enjuto acompañaba con la extrema flaqueza del cuerpo. El difunto había evidentemente muerto de hambre, en su cárcel flotante, después de haber devorado las últimas migajas de sus viveres; bajo la mesa los guardianes del faro tropezaron con el libro de abordo, que empujado por el viento, había caído abierto. La humedad y la podredumbre habían borrado párrafos enteros.

La letra burda del difunto había escrito allí el curso de los acontecimientos. Los guardias consideraron su deber mandar el manuscrito a Moscú, al Comisariato de Marina, donde lo descubrió un cronista del diario soviético Pravda, al cual debemos la traducción del documento.

El libro decía así:

"Junio 6.—Zarpamos de Arcangel hoy, con buena mar. El Burscha Norkaya cabecea blandamente pero no creo que tropecemos con mala mar antes de ponernos a salvo. La misión de cruzar el mar de Siberia hasta el Pacífico no debe ser tan ardua, pues otros lo han hecho antes. Les quince hombres que forman la tripulación me pa-

recen poco a menudo en marinería a juzgar por la manera como han obedecido esta tarde la orden de replegar el velamen. Uno de ellos, que me parece austriaco, me ha dado una mala mirada al pasar. Debo estar prevenido."

Seguían detalles de la vida diaria de abordo, cuya monotonía quedaba interrumpida con anécdotas sin importancia.

"Fedor Pachnikoff vino esta mañana a exponerme en nombre de sus camaradas que si no tropezábamos con la corriente que ha de llevarnos más allá del Cabo Negro, no obedecerían ya mis órdenes. Este muchacho me parece peligroso; su mala cabeza lo hizo ser expulsado del Comisariato de Instrucción Pública y ejerce una influencia mala cada entre los demás miembros de la tripulación. Es listísimo que haya sido asignado como contra-maestre en este barco.

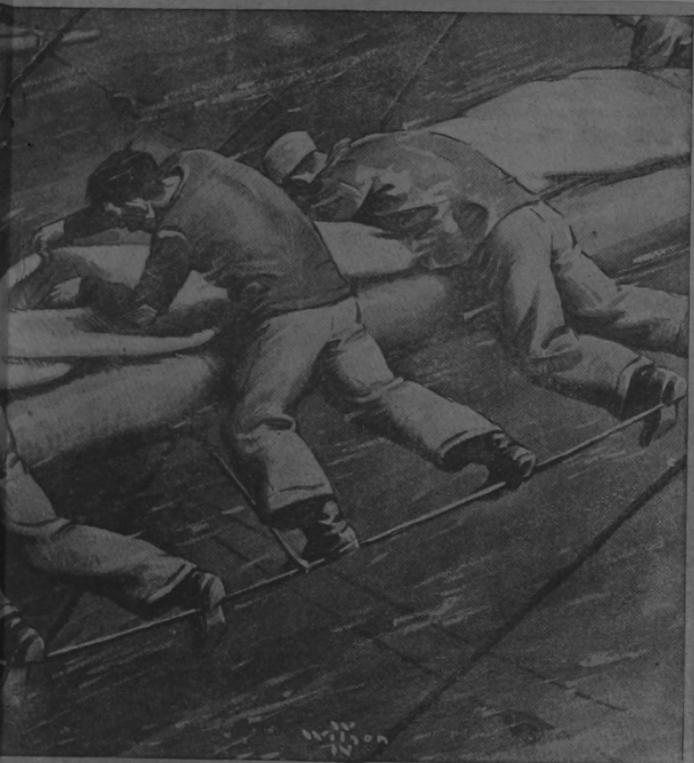
"Agosto 28. — Avanzamos solamente cuatro "verstas" en dos días. El viento parece haber desaparecido de la faz de la tierra, pues por mas que tratamos de acercarnos a la costa, que vemos a poca distancia, las velas cuelgan de los mástiles sin fuerza ninguna. Abanienko, el cocinero, me manifestó que los marineros le habían exigido doble ración de carne, y había tenido que ceder.

"Septiembre 16.—Vimos hoy a lo lejos una "kayaks" de esquimales que huyeron rápidamente

FANTASMA

sobrepasa las creaciones de los más fecundos novelistas.

NUEL URRUELA



de carne. Si no sobreviene pronto el deshielo, nos veremos condenados a perecer de hambre, pues es imposible efectuar una marcha al interior, sin trineos, ni conocer la región. No llegaríamos al final de la primera etapa sin ser devorados por los lobos.

"Septiembre 4.—Anoche vimos grandes fogatas en el campamento de Pachnikoff. Deben haber estado bebiendo pues la orgía se prolongó ya muy avanzada la noche. He notado un raro sabor en la comida, pero el cocinero sólo me dió una respuesta enigmática. No creí nunca que pudiera llegar a hacerse tan odiosa la sociedad del hombre. Los que quedamos a bordo del velero, parecimos huírnos mutuamente. En un súbito acceso de ira, uno de los alemanes le clavó a un inglés su cuchillo en la garganta. El infeliz cayó sin un grito. Turamos el cadáver al mar con una bala de cañón amarrada de los pies. Alguien murmuró una protesta inarticulada.

"Septiembre 23.—Oj en una conversión que Pachnikoff intenta lanzarse al interior de Siberia para llegar a Irkutsk, sin tomar en cuenta la enorme distancia. He visto a su gente limpiando cuidadosamente sus armas. ¿Cuándo partirán librados de su odiosa presencia?

"Octubre 2.—El deshielo! ¡Al fin! Al amanecer, oí los primeros ruidos precursoros del anastasio del deshielo. Se notan en la blanca superficie unas enormes grietas y la quilla del *Bursha Norkaya* flota ya suavemente, como contenta de hallarse en su elemento. Pero el problema ahora es el hambre. No quedan sino unos cuantos sacos de harina rancia mojados por el agua del mar, que el cocinero había dejado a un lado. Todo lo demás ha desaparecido. Los hombres se hallan convertidos en espectros.

"Octubre 5.—He quedado sólo. Anoche, estando ya todos dormidos, abordaron el velero Pachnikoff y sus camaradas. Fui despertado por un horrendo grito a proa, y empujando mi revólver, salí en la obscuridad a ver que ocurría. Vi unas sombras dibujarse confusamente sobre el fondo blanqueco de la nieve y vi que me derribó un golpe formidable en el cráneo me derribó sin sentido. Al abrir los ojos, no había nadie. Grandes charcos de sangre empapaban el puente, formando coágulos resbaladizos. Intenté levantarme y no pude. Estaba atado de pies y manos al mástil de mesana. El velamen yacía en un desorden inaudito. Los asaltantes habían derribado los mástiles y el velcro se mecía como un cofre vacío.

"Perdí el conocimiento dos o tres veces, admirado de que no me hubieran matado. La ausencia de los otros marinos, me intrigó. De cuando en cuando

al ver nuestras señales. Han tenido evidentemente una triste experiencia de sus encuentros con los osos.

"Octubre 4.—Al visitar la bodega he notado la falta de varios barriles de vodka que llevamos para negociar con los esquimales. He reunido a la tripulación y nadie parece darse cuenta de mis preguntas. He buscado en vano de un extremo al otro del barco, sintiendo pesar sobre mi espalda las miradas cargadas de sarcasmo de los marineros, y tuve que regresar con las manos vacías.

"En todo esto, ve la mano de Fedor Pachnikoff, que no puede perdonarme el haber sido nombrado capitán de la expedición, cuando él creía serlo.

"Enero 14.—Hemos quedado completamente aprisionados por los hielos y se puede llegar andando sobre el mar congelado hasta las rocas de la costa que parece desierta. Estamos presos a 70 grados y 15 minutos de longitud, por 42 grados y veinte minutos de latitud. Nos esperan por lo menos ocho meses de absoluta inmovilidad.

"Febrero 26.—tratamos de organizar expediciones para cazar focas y ciervos y completar así un poco las provisiones que escasean a pesar de la vigilancia que intento ejercer. Aparentemente, se contentan mis hombres con las medias raciones que decreto, pero al verlos satisfechos, comprendo que aprovechan mi sueño para robar desca-

radamente las bodegas. Tres veces he encontrado arrancado el candado puesto para asegurar la puerta. No encuentro cómo poder remediar la situación.

"Junio 10.—Se han formado dos grupos antagónicos entre los tripulantes. Los griegos, dos polacos, unos rusos del Dniester y el irlandés Brown siguen los mandatos de Fedor Pachnikoff. Los alemanes y los ingleses se conservan aparte, y su caudillo parece ser Bauer. He notado que no se hablan, existiendo un estado de abierta hostilidad entre ellos.

"Julio 18.—Los partidarios de Pachnikoff resolvieron anoche establecer su tienda de campaña en tierra firme, apoderándose a mano armada de buena parte de los víveres. Llegaron a mi camarote a notificarme su resolución sin presentar explicación alguna. Quise hacer un alarde de autoridad, pero uno de los revoltosos me dió un golpe por detrás con el cañón de su revólver. Cuando recuperé el sentido, pude verlos ya lejos. Llevándose una buena cantidad de víveres y provisiones.

"Agosto 12.—Nicolái, el ayudante del cocinero, está atacado de viruela.

"Agosto 15.—Nicolái murió esta mañana, tras una agonía de cuatro días. Es el primero de nosotros que no volverá a Moscú.

"Agosto 28.—Comentamos hoy el último barril

Un caso

(Viene de la página 3)

fé... Rosalia no conciliaba tampoco el sueño; desde mi alomba la oía, a través del tabique, agitarse en el lecho y suspirar; no se la ocultaba mi recelo, por más que no se figuraba toda su magnitud. Tentado me sentí de levantarme a fin de afrontar con ella una franca aclaración; pero no la aventuré, por temor a que la infiel me confesase su culpa, pues abrigaba la certeza de que, en cuanto vertiese ella una lágrima, la perdonaría... y no me lo perdonaría yo luego.

He madurado, tomando de repente una resolución: suprimirme. Soy demasiado orgulloso para reprimirla y olvidar después, soy demasiado débil para vivir con esta espina clavada en el corazón. Como me está vedado el escándalo, porque tengo un hijo, y la falta de su madre, al publicarse, recaerá sobre él, me suicidaré hipocritamente por el procedimiento que se comentaba en el café cuando se comentaba en el café cuando me llevó allá, si no me satisface efecto, ya buscaré otro lo mismo de hipócrito, y mi hijo no conocerá jamás por mí los extravíos de su madre.

He ordenado algunos papeles, con objeto de que a mi muerte no haya embrollos; he cogido una jeringuilla de Pravaz, conservada en mi reciente funcionamiento. No me importa morir; cuento cuarenta y ocho años, y la existencia me ha sonreído hasta el presente; por las traizas, no me asista derecho a una dicha más duradera. Mi mano, firme, ha clavado en una vena la aguja de la jeringuilla llena de aire, administrándome la inyección; he devuelto a su sitio el instrumento para no dar pábulo a murmuraciones, y me he apercebido, tranquilo, a todo papá, papá!

—Era el niño que venía a mi encuentro con una pequeña trompa de caza.

—¿Qué hay?
—Que hoy no voy al colegio, porque hace mucho frío, de modo que mamá tiene miedo a que me acatare.

Y ha celebrado la inesperada vacación con un alioli evaporado.

—¿Quién te ha regalado ese juguete?

—El tío...
Se ha interrumpido, ha mirado hacia la puerta con ánimo de escapar, ha inclinado la cabeza.

—¡Ea, habla!
—No te enfadarás, papá, ni regañarás a ninguno?...

—No, hijo mío, habla sin rodeos.

—Ha titubeado todavía.

—No mientas!
—No, papá... Esta trompa es regalo del tío Daniel, que estubo ayer aquí. Mamá me ha prohibido que te lo diga.

A Daniel, un hermano de Rosalia, le expulsó de casa, cuatro años atrás, a consecuencia de una suma crecida que se jugó y que yuse. Para purgar aquella grave calaverada juvenil, emigró a América, y sin duda ha regresado en estos días, avocando, como siempre, ciertas peticiones de dinero a mi esposa, quien no se ha atrevido a revelarles nada. Por fin se me justificaba la actitud incomprensible de ella en las últimas semanas, su azoramiento de la víspera, el ánimo procedente de una mala persona que la atiboraba el viernes con su hermano en el Jardín Botánico y pensaría lo peor... Me

he aliviado de un peso tremendo y he respirado a gusto por primera vez en veinticuatro horas.

—No te disgustarás con mamá?
—No, rico. Anda, ve a jugar, que estoy muy ocupado.

En el momento me he sentido feliz; vivir abrumado por el deshonra y la vergüenza hubiera sido martirio superior a mis fuerzas. Cuando un ser cualquiera, se ve acorralado, se defiende, lucha, hiede, mata, y en esta lucha desesperada por la existencia que amenazan, se pierde la sensación del peligro. Mas sí en la misma guardia vuestros hermanos de raza os atacan... Siempre he experimentado compasión por aquellos que en un lamentable arrebatado cometieron un crimen, que a veces se castigó con harta severidad, pero he sido inflexible para los que fríamente martirizan o atormentan a los que en ellos debían encontrar amparo. Una mujer que engaña al esposo, que se afana por la felicidad de los suyos, sin más propósito, en la lucha por la existencia, que este amor sacrosanto, es un criminal imperdonable del que no se debe uno apiedad. Por eso, ahora, mi pecho se ensancha, y mi alma se ilumina a la luz de una momentánea felicidad.

¡Hubiera sido tan dichoso sin este lamentable error!

Al punto de alejarse el niño, me he puesto a recitar estos renglones, en precisión de lo que ocurre. ¿Por qué me habré precipitado? El doctor afirmaba que con la inyección de aire difícilmente se producía la muerte por embolia, y me aferré a esa esperanza. Si yo, que un rato antes he querido matarme, sin perder mi presencia de espíritu, ahora tiemblo a la idea de morir en plena felicidad...

FIN

Fases del Japón legendario

La manera de contar las horas era, antiguamente, muy complicada en el Japón, algo más complicada, alegre y original que en nuestros países.

Comenzaba en la cifra nueve, que es la cifra por excelencia a la vez, marca el mediodía; La hora del caballo; y la de la medianoche: La hora de la rata.

He aquí cómo se hacía: Dos veces nueve como dieciocho, se suprime la primera cifra, lo que da ocho, la hora de la vaca. Tres veces nueve hacen veintiseis; suprimiendo la primera cifra se tiene siete, la hora del tigre. Se continúa multiplicando nueve por cuatro, por cinco, por seis, y se obtienen así las divisiones del día y de la noche que corresponden cada una a las horas según nuestra división del tiempo.

Y siempre nombres pintorescos y evocadores: la hora del conejo, la hora del dragón, la hora del gallo, la hora del lobo.

La fuerza física ha tenido siempre en el japonés un gran admirador. La ciencia de la lucha no se adquiría sino a costa de sacrificios. Los maestros de armas eran viejos guerreros, no conocían la ternura, y

la primera lección dejaba al novicio agotado, casi muerto. Al día siguiente se reanudaba al adiestramiento, hasta que el novicio soportaba sin fatiga estos rudos ejercicios, que hacían de él un luchador de mérito, igualmente insensible a la fatiga y al dolor.

Los antiguos combates de atletas subsistieron siempre en este pueblo marcial que no degeneró en su vigor. La arena donde se celebran estos juegos se llama E-Ko-Jue y está situada en el recinto del templo de la Vuelta Dichosa, cerca del puente de las Dos Comarcas.

Las leyes eran en la antigüedad tan singulares como los delitos. Muy severas con frecuencia, tenían también extrañas indulgencias, sobre todo, cuando se trataba de ancianos, mujeres, enfermos o astrónomos, hacia los cuales el código recomendaba clemencia.

Pero, por ejemplo, si este mismo astrónomo, tan paternalmente protegido por la ley, desnaturalizaba los decretos escritos en el cielo o era acusado de hacer horiscopeos falsos, era castigado cruelmente.

Los seguros contra incendio no existían, y como los poblados, contruidos de casas de madera, arían con frecuencia, los moradores eran implacables contra los incendiarios, así como contra los incendiados; se sentían palos al hombre que involuntariamente incendiaba su casa, y la estrangulación si el incendio se comunicaba a un edificio perteneciente a la familia imperial.

Postura y nacimiento de la cigarra

La cigarra común confía su postura a pequeñas ramas secas, tendidos tallos, a ser posible, desde el grosor de una paja al de un lápiz, con delgada capa leñosa y médula abundante. Satisfechas estas condiciones nada imparta la especie vegetal; prefiere una extensión larga, regular y lisa que pueda recibir la postura entera. La obra de la cigarra consiste en una serie de rasguños, como los que podría hacer la punta de un alfiler que, hundido oblicuamente de arriba abajo, desgarrase las fibras leñosas y las rechazara al exterior, formando alguna saliente.

Cuando el tallo es irregular, o bien cuando varias cigarras han bajado una tras otra en el mismo punto, la distribución de los rasguños es confusa; la vista es incapaz de reconocer el orden de sucesión ni el trabajo individual. Un solo carácter es constante, la dirección oblicua del jirón leñoso levantado, lo que demuestra que la cigarra trabaja siempre en posición recta y hunde su herramienta de arriba abajo en el sentido longitudinal del tallo.

Cada desolladura de éstas es la entrada de una cámara oblicua, perpendicular generalmente en la porción medular del tallo. Inmediatamente debajo del rasguño se encuentra la habitación, mínimo canal que ocupa casi toda la longitud compren-

dida entre su punto de entrada y el de la habitación precedente. A veces falta hasta el tabique de separación, el piso superior se une al inferior, y los huecos, aunque introducidos por numerosas entradas, se alinean en fila no interrumpida.

El caso más frecuente es el de las habitaciones distintas unas de otras. El contenido varía mucho. En cada cámara cuentan desde 5 hasta 15 huevos. El término medio es de 10; y puesto que el número de cámaras de una postura completa es de 30 a 40, se ve que la cigarra dispone de trescientos a cuatrocientos gérmenes. Escamur llegó a obtener cifras semejantes examinando los ovarios. Las ponedoras están siempre solas, en su tallo ya escogido. Tienen constantemente la cabeza hacia arriba, y están abortadas de tal manera en su tarea que se pueden examinar desde cerca. Y se pasa de seis a siete horas en la postura, calculándose que se lleva unos diez minutos por cámara y que así, las vas en serie, le cuenta. Así, pues, el huevo puede trasladarse considerablemente antes que la cigarra haya terminado su obra.

Riqueza de los perfumes vegetales

Aunque la química suple con portentosa prodigalidad las manipulaciones inherentes a la obtención de perfumes florales, o esenciales, aún hoy los lugares donde se elaboran en mínima porción a fin de mantener la pureza de los perfumes.

Se emplean diversos métodos para la obtención de estas materias vegetales; el aceite aromático volátil, muy sutil, es extraído de algunos vegetales de propiedades odoríferas.

Estos aceites esenciales se separan por la destilación o se extraen por otros procedimientos.

Generalmente se llevan grandes toneladas y vasijas al lugar en donde se hallan las plantas; ya allí se arrancan las partes necesarias de éstas y se ponen a cocer en las grandes calderas preparadas a este efecto. El vapor cargado de aceite volátil se deja destilar en otro recipiente preparado de antemano. El aceite que flota en la superficie del agua se recoge cuidadosamente y se envía a su destino.

Este sistema es el empleado en el sur de Francia para la obtención de la esencia de eucalipto y de espliego. En Suiza se emplean también, y del mismo modo obtienen los aldeanos búlgaros su esencia de rosas.

En ciertas plantas que, debido a la delicadeza de su perfume, pierden al ser cocidas en agua, se emplea el sistema de hacerlas cocer al vapor; se requiere para esto un aparato especial.

Para extraer la esencia de la flores que proporcionan material a la industria de la perfumería, se emplea un método completamente distinto; por mejor decir, son varios los sistemas empleados.

Grasse, en la Riviera francesa, es uno de los centros más importantes para el cultivo de las flores, y existen grandes fábricas de perfumes. Resulta interesante una excursión a esta ciudad, situada al pie de las Alpes marítimos. Al acercarse se ven ya sus campos en flor, y Grasse mismo es un florido vergel, que nos recuerda que estamos en la "ciudad de los perfumes."

Hé aquí los errores del dibujante:

El caballo solo tiene una oreja. Las riendas no están unidas a la cincha. La amonona no podría saltar a través de un arco reforzado. La columna se halla al lado del caballo. Las uñas del elefante están al revés. El botico vuelve la espalda a la niña. Las palabras del director son diferentes.

El barco fantasma

(Viene de la página 8.)

cuando, se oía en lontananza las voces de los asaltantes terminando sus preparativos para la marcha. Llegó hasta mis narices un fuerte olor a carne asada.

"Pachnikoff no tenía viveres. ¿Sería promediada la matanza, para proveerse de lo suficiente para hacer el viaje? A costa de esfuerzos, pude deshacerme de mis ligaduras. ¿Me estará volviendo loco?"

"Octubre 6.—Flotamos a la deriva. He recorrido el barco, de un extremo al otro e izado una bandera blanca en la popa. La corriente parece arrastrarnos suavemente. No queda una sola lancha en la cual tratar de escapar de esta cárcel flotante. He tendido unas líneas para probar pescar, pero carezco de cebo.

"Octubre 10.—He pescado dos arenques que devoré crudos. ¿Cuánto enviado a Pachnikoff y sus amigos que tuvieron carne fresca con que apaciguar sus ansias. ¿Qué será de ellos?"

"Octubre 18.—Estoy resignado a lo inevitable. El menor esfuerzo me cuesta un enorme trabajo. No me volveré a levantar de mi lecho. Siento un entorpecimiento enorme en todos los miembros. ¡Dios salve a Rusia!"

Allí terminaba el manuscrito.

ROMPECABEZAS

	2	3	4	5	6	7
	8					
9	10	11			12	
13	14			15		
16			17			
18		19		20		
21		22		23	24	
25					26	
27						

Léase verticalmente

- 1.—Ciudad murciana.
- 2.—Preposición inseparable que denota reiteración.
- 3.—Parte del cuerpo de un ave.
- 4.—Producto líquido españolísimo.
- 5.—Marchita.
- 6.—Adverbio negativo.
- 7.—Lugre fabulosa español.
- 8.—Objeto de costura.
- 12.—Estar persuadido de una cosa.
- 14.—Sustancia que se usa para sazonar.
- 15.—Hacerse uno cargo de lo que le hablan.
- 19.—Serie de carruajes enlazados.
- 22.—Libre.
- 23.—Perchid.
- 25.—Moverse de un lado hacia otro.
- 26.—Un continente (iniciales).

Léase horizontalmente

- 1.—Convoyes.
- 8.—Selección.
- 9.—Disposición oficial firmada por un rey (abreviatura).
- 12.—Medida longitudinal (abrev.).
- 13.—Bebida (plural).
- 15.—Conjunción distributiva.
- 16.—Dícese de una persona desahogada.
- 17.—Envolver.
- 18.—Marca de un afamado producto español para el cabello.
- 20.—Burlé.
- 21.—Artículo determinado.
- 22.—Cero de madera o hierro.
- 24.—Nota de la escala diatónica.
- 25.—Tiempo del verbo ir.
- 27.—Alquildo.

El arte de los esmaltes en Asia Menor

A alcanzó bastante celebridad esta industria en toda el Asia Menor, donde quedaron como vestigios de aquella época las murallas de Ecbatana, capital de Medis, gran ciudad perteneciente al Asia antigua.

Esta ciudad fué edificada, según se lee en la Biblia, hacia el año 600, por Arphatad, rey de Media, contemporáneo de Nabucodonosor. A esta ciudad concurrían en un tiempo los reyes de Persia. Cuenta la historia que, cuando Alejandro la conquistó, se encontraron en ella inmensas riquezas. De aquel poderío no quedan hoy más que algunas ruinas.

De gran interés fueron los descubrimientos de Kennet Loftus, un inglés que por primera vez se aventuró a indagar Warika, en Mesopotamia.

Haciendo excavaciones en aquellas ruinas encontró algunos sarcófagos, que eran verdaderos bazares de la antigüedad. En ellos se encontraron gran número de monedas, vasos y estatuillas que constituían una exposición interesantísima de la cerámica en aquellos remotos tiempos.

El arte de la cerámica progresó con la aparición del islamismo, que le imprimió un estilo propio.

La tumba de Mahoma, erigida en Medina, estaba cubierta por losas de terracota esmaltada, tan maravillosamente, que causaba la admiración de los occidentales que la visitaban. Una de estas losas se encuentran en el Museo de Severs.

Sumamente interesantes también son los vestigios hallados en Persia. Famosa en todo el mundo es la decoración que Sciah-Abbá ordenó para su palacio real de Spahau, sobre cuyos floors grandes mosaicos de porcelana reproducían la gesta de los héroes persas.

Curiosidades universales

El juguete aparece en todas las edades, siguiendo la evolución que el arte del pueblo a que el juguete pertenece ha experimentado. Desde el muñeco que con ramaje hizo junto a la caverna la madre primitiva, a los que de china y trapo modelan los artistas actuales, puede estudiarse todas las transformaciones del género.

En los pueblos primitivos, los muñecos (juguetes a que más afición se ha tenido siempre) son toscos, rudimentarios, contruidos preferentemente de madera, semejantes a los que en los pueblos montañeses construye el padre leñador.

Existen colecciones de juguetes maravillosos, en donde el arte dejó un sello admirable. Más que objetos para recreo de los niños, son muestras que tienen su lugar adecuado en las vitrinas de los museos.

Solución del Rompecabezas de la semana pasada.

CASA HAYVA TAYN
ASA VAN DAD OSO
CIUDAD S GEMIAN
A LES CIA SOL A
SEÑORA TAYNEN
MAS PERVANA SEAN
AN RENQ NY SEL
RE ME I O CAI G
RE NOTA E CAN T
RE NOTA TAMBIEN SIM
BAMOSA FROGIC
A TAN DIA CAE A
GUEROS D AHINGC
NON SED ETE LOS
SEN DICAN GENA

figuras indios, en que se encuentran objetos de gran valor.

El darto es un pájaro de tres decímetros de largo, de plumaje negro azulado y pecho rojizo sin plumas. Tiene un capete o penacho que se prolonga hasta la extremidad del pico y cuyo contorno semeja la trompeta del tapir. Vive en las selvas oscuras.

El guaco es un ave del orden de las gallináceas, casi tan grande como el pavo, plumaje negrozco en las partes superiores y blanco en el vientre y la extremidad de las alas; pico negro, fuerte y rodeado en la base de piel amarillenta; un penacho eréctil de plumas muy negras en el alto de la cabeza; alas cortas y cóncavas y cola larga.

Abunda en América, desde México al Paraguay. Es fácil de domesticar.

Existe en Nueva Zelanda un raro ejemplar de árbol cuyos productos sirven para la confección de prendas de vestir de los indígenas.

La madera de este árbol, muy dur y resistente, se utiliza para la construcción y para fabricar muebles herramistas.

Pero aun las presta este árbol otro servicio importante. La extremidad de cada hoja presenta una espina tan fuerte y aguda como una aguja de coser. Se halla unido a esta un filamento tan resistente y dúctil que puede hacer las veces de hilo.

Los indígenas se sirven de esta aguja natural y del hilo que la acompaña para coser sus vestimentas, que no suelen decolorarse.

LA

emulsificación del aceite de hígado de bacalao como en la Emulsión de Scott, hace que se digiera y asimile tan fácilmente como la leche. Robustece y tonifica

Emulsión de Scott



TARDE O TEMPRANO

se hará cuenta de las ventajas de poseer el idioma inglés. Le podemos enseñar poco tiempo en su casa con nuestro fácil y práctico método. Obtendrá magníficos resultados desde las primeras lecciones. Aproveche esta gran oportunidad. Mas hoy mismo su nombre y dirección y recibirá pronto interesantes informes gratis. EL INSTITUTO UNIVERSAL (D. 53) 1263 LEXINGTON AVE, NEW YORK

Y EL DOLOR DESAPARECE

Este antiguo, pero no anticuado, remedio, acciona sin frotar. Pruébelo. No es grassoso ni mancha. Para cualquier dolor, basta una sola aplicación del Linimento de Sloan y... el dolor desaparece

LINIMENTO DE SLOAN

~ MATA DOLORES ~

EL BUEN HUMOR DE LOS DEMAS



El director de escena. — Más naturalidad... Así no se muere nadie. Pero ¿es que no se ha muerto usted nunca?
(De *London Calling*)



— ¡Cómo es así! ¿Dónde marchas con tanto equipaje?
— Yo llevo sólo la escopeta, lo demás es de mi esposa.



La cliente. — Buenos días. Mi marido tiene pensado comprar un piano, y le agradeceré, nos envíe unos cuantos de muestra.
(De *Life*, Nueva York).



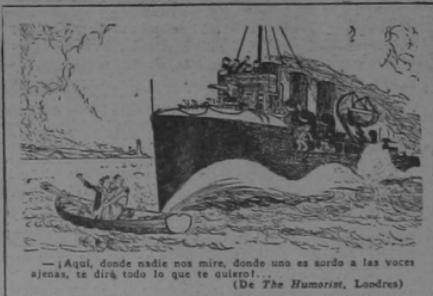
TROTZKY, perplejo. — ¿Estoy todavía en Rusia? ¿He llegado a Turquía o he sido alienado?
(De *"Stunde"* — Viena).



El perfecto anfitrión. — Juan, traiga usted al señor dos o tres cojines.



— No se reconoce el valor de una mujer hasta que ocurre una desgracia...
— Es un efecto. ¡Es tan agradable tener alguien cerca a quien echar la culpa!



— ¡Aquí, donde nadie nos mire, donde uno es sordo a las voces ajenas, te diré todo lo que te querí...!
(De *The Humorist*, Londres)



— Es una novela hermosa. Hay una página que el mismo Cervantes no hubiese sabido escribir.
— ¡Que exageración!
— Hablo de la página en que describe un accidente automovilístico.



El anciano atento. — ¿Cómo? ¡Un niño, como usted viajando solo de Córdoba a Buenos Aires! ¿No teme su familia que le pueda sobrevenir algún accidente?
El niño. — No. Mi padre me dijo: "Vete, que ya encontrarás en la estación un íntero que se ocupe de ti."



— Se lo digo de buenas maneras: ¡deme lo que engue en la cartera, o lo hago pedazos!
(De *The Humorist*, Londres).



— Venia a decirle a usted que con el específico que me dió para quitarme el pelo, se me ha caído todo...
— Ya lo dije que no le sudaría ni una cana cuando se lo diera.